

# MONITOR DEL COMERCIO.

## EL MONITOR

SE REPARTE

### EN MADRID

todos los jueves

POR LA MAÑANA,

Y SE REPARTE

### A PROVINCIAS

POR EL CORREO

FRANCO EL PORTE.

### NADIE RECIBE

mas de un ejemplar

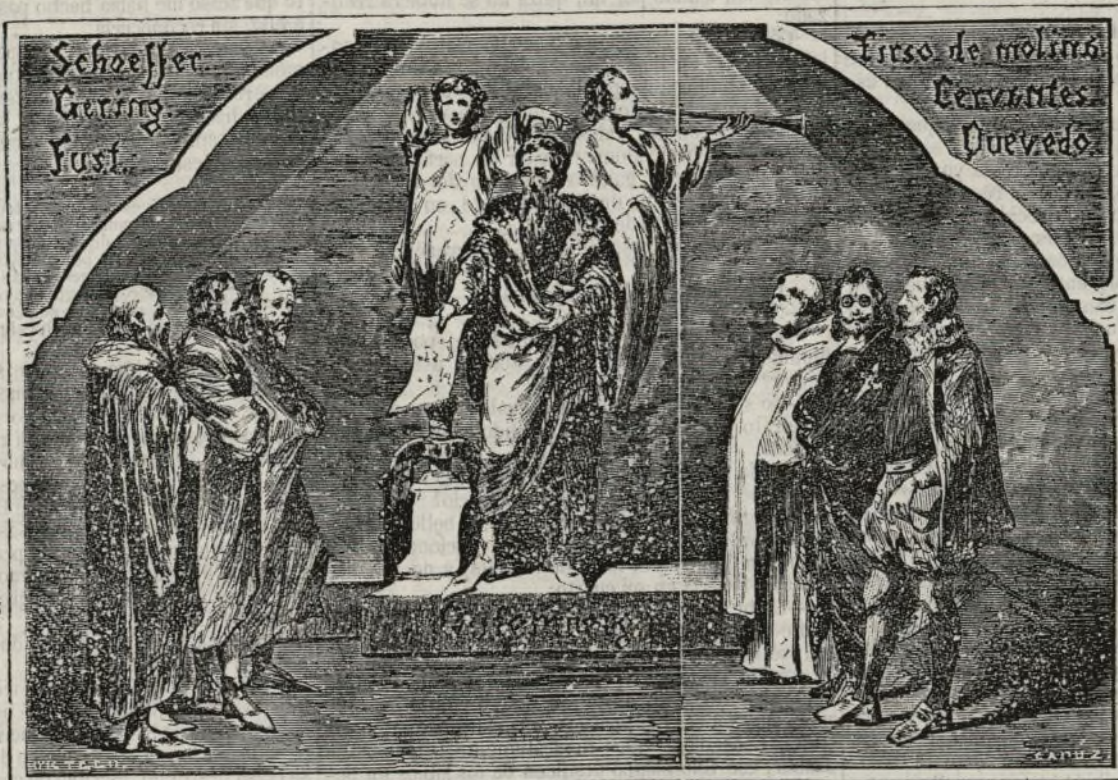
GRATIS

### DE CADA NUMERO

aunque tenga

DERECHO A EL

POR VARIOS CONCEPTOS



## EL PRECIO

DE LOS ANUNCIOS

ES 25 CENTIMOS

cada 40 letras

PARA LOS QUE ANUNCIAN

PERIÓDICAMENTE,

á 50 CÉNTIMOS

PARA LOS DEMAS.

NO SE REPITE

EL ENVIO DE LOS NUMEROS

por ningun motivo

PORQUE SOLO SE TIRA

DE CADA UNO

los ejemplares necesarios

PARA EL SERVICIO.

## LAS NOCHES DE ESTIO.

### SETIMA NOCHE.

No les ocultaré á vds. que la esperanza que la señora de Prebaud me habia dado, me hizo pasar la noche en muy gratos ensueños. Esta conquista lisonjaba mi amor propio, además de que solo veía en ella una intriga pasajera con una coqueta, esto es, un vínculo en que en el instante del rompimiento no hay que temer ni llantos ni reconvenções. En tales circunstancias el corazón entra por muy poco: se ven, se comprometen y se retiran, y todo es asunto de una semana.

La mañana siguiente, sin saber por qué, tuve mayor esmero en acicalarme; escogí el vestido de por la mañana que mejor me sentaba, arreglé mi cabello con todo el arte posible, y procuré, en fin, comunicar á mi fisonomía una expresión sentimental.

Bajé al comedor, donde me estaban esperando, y me coloqué enfrente de la señora de Prebaud. Le dirigí algunas expresiones corteses, le eché una lánguida mirada y después estendí el pie por debajo de la mesa á fin de encontrarme con el suyo. Lo conseguí, mas con aquel contacto lo retiró al instante. Atribuí este movimiento á escasa cautela.

Es una mujer seria, me dije, pero tengamos paciencia, esperemos el paseo, le ofreceré el brazo y volveremos al tema tan desagradablemente interrumpido ayer por el marido.

Presentábase el tiempo magnífico, y Mr. de Fourviers ganaba. Nos levantamos de la mesa y nos fuimos al jardín, mas desde el primer instante vi que mi plan seria contrariado, porque el marido parecia dispuesto á desempeñar su papel de satélite con mayor exactitud que de costumbre.

De repente oímos agudos gritos. Acudimos al sitio y nos encontramos con la señorita Eugenia, tendida sin movimiento en el césped, y con Gaston que procuraba levantarla.

Hé aquí lo que sucedió:

En una calle de árboles del parque hacia mucho tiempo que estaba puesto un columpio, en el que la señorita Eugenia, con su madre y con Gaston, solía ir á divertirse con aquella clase de entretenimiento que le gustaba mucho.

Hacia muy poco que, á causa de la gran fuerza de Gaston, la cabeza y los pies de la joven llegaban alternativamente á tocar las ramas de los mas altos árboles, cuando la cuerda que estaba podrida con la humedad de los dias anteriores, se rompió en el momento mismo en que la señorita Eugenia se hallaba en la mayor altura.

Gaston, al oír el grito de aquella, se pone esfor-

zadamente por delante, y la recibe en sus brazos, libertándola de una caída mortal, aunque sin poder impedir que la cabeza diera contra el suelo, porque al caer el asiento del columpio, le dió á él tal golpe que lo derribó tambien.

Nos dimos prisa para llevar á la casa á la señorita Perron, que muy pronto volvió en sí, buscando con la vista á su salvador. Este se estaba curando, porque habia sufrido una gran contusion en el brazo, y se hallaba impaciente queriendo ir á informarse acerca del estado de la encantadora Eugenia.

No se podia ya dudar de los verdaderos sentimientos de estos amables jóvenes, cuya mútua preocupación era muy ostensible, y cuando Mr. Perron vino á darle las gracias á Gaston porque le habia salvado la hija, no extrañamos oírle á este contestar, que á su deber se agregaba tambien un poco de egoismo.

Mr. Perron, cuya excelente índole apreciaba todos los sentimientos nobles, no se dió por entendido de la respuesta; pero de un modo significativo estrechó las manos del joven. A Eugenia le prescribieron el mayor descanso posible, porque un golpe tan violento podia ser peligroso, y Mr. de Fourviers se encargó de que estuviese bien asistida.

No se trató ya de que paseáramos: se instaló la partida de whist, lo cual fué muy oportuno, porque á media noche la lluvia repitió con una pertinacia propia del mes de diciembre.

Tuvimos el buen gusto de no recordar á Mr. de Fourviers sus pronósticos de la víspera: se hallaba este ganando sesenta tantos y no debíamos acibarar su buena dicha.

Por la noche vino la señora de Perron á anunciarnos que su hija, aunque del todo repuesta, sentía un dolor que no le permitía bajar, y que le habia encargado hiciese presente á Mr. de Fourviers que no contase ninguna historia muy interesante puesto que ella no podia oirla.

—¡Cáspita! respondió Mr. de Fourviers, la ocasion es excelente. A fin de someterme á la ley comun, tenia intencion de referirles á vds. un viaje que hice á Inglaterra... después de casado, añadió, mirando á su mujer con delicada sonrisa. Es narracion que pueden oír la personas mas circunspectas; mas dado que á la señorita Eugenia no le es posible acompañarnos, debemos invertir el orden, y de este modo podrá Gaston entregarse mas latamente al impulso de su imaginación, porque un militar debe tener en su cosecha una historia propia de su clase.

—Pero que no sea muy corta, dijo la señora de Prebaud.

—No tenga vd. cuidado, señora, contestó Gaston, pues no iré á buscarla en mis recuerdos militares, sino que les haré á vds. la narracion del primer desengaño de mi juventud.

Muy temprano perdí á mi padre, y mi madre que

desde bastante joven habia quedado viuda y negádosose siempre, por miramiento con los hijos, á volverse á casar, c onoció serle necesario ejercer sobre mis dos hermanas, y sobre mí la autoridad de un padre de familia.

Era una mujer superior, buena, pero rigorosa, y aun cuando la queriamos mucho, nos hallábamos acostumbrados á una obediencia pasiva que no nos costaba molestia alguna, porque comprendiamos la rectitud de sus observaciones hechas siempre con inalterable dulzura.

Jamás desistía de una resolución que hubiese tomado; así que, por grande que fué mi pesar, cuando al tener yo diez años, me anunció que debía yo dejar á Nimes, donde viviamos ya dos ó tres años, y el delicioso jardín donde tan velozmente pasaba los dias con mis dos hermanas, para ir á empezar mis estudios en París, no me detuve ante la idea de procurar que con mis lágrimas variase de lo que ya tenia determinado. El interés de mi porvenir le dictaba el sacrificio de esta separación, y no vacilé entre su cariño y lo que consideraba como deber suyo.

Hablale, además oído yo decir muchas veces que los estudios eran mas formales en París que en las provincias; porque la habitual vista de las maravillas, acumuladas en aquella metrópoli de las ciencias y de las artes, desenvolvía mucho mas pronto el gusto de lo bello, y porque el separar de la familia á un niño, tenía de bueno que el carácter de éste ganaba en resolución, enseñándole desde muy temprano á carecer de los cariños maternos que suelen afeminar, y á que solo cuenten con su propio mérito.

Decidióse nuestro viaje: mi madre debía venir á acompañarme, quedarse tres ó cuatro meses en París y volverse á Nimes para ocuparse ella misma de la educación de mis hermanas.

Salimos á principios de octubre de 1846: á los ocho dias de nuestra llegada, entré en el colegio de Luis el Grande.

Un hecho que jamás se borrará de mi memoria, podrá darles á vds. una idea del elevado carácter de mi madre y del empeño que tenía en que yo recibiera una educación formal. Hice una travesura que el jefe de estudios creyó debía castigarla, prohibiéndome la salida del domingo siguiente. Cuando vinieron á buscarme, contestaron en el colegio, como era natural, que yo no podia salir. Una hora después llegó mi madre á ver al director, el cual antes que ella hablase, le dijo:

—Usted viene, señora, á pedir gracia por su hijo, y como es la vez primera quiero concedérsela, mas no puede repetirse.

—Se equivoca usted, caballero, respondió mi madre con frialdad; mi presencia tiene otro objeto muy distinto: porque no habiendo pensado mi hijo en el dolor que me causaría su falta, vengo á rogarle á usted que por esta causa le prohiba la salida del domingo próximo.



—¡Ah señora! qué fácil sería nuestra tarea si todas las madres conocieran tan bien como vd. sus propios deberes!

Comprenden vds. bien los esfuerzos que necesitaba yo para merecer la aprobación de mi madre: sabía que no iría yo a pasar las vacaciones en Nîmes, si en la distribución de premios no obtenía la recompensa de mis trabajos.

Ni una sola vez dejé de conseguirla. A la edad de diez y ocho años me puso en libertad de que escogiese yo mi carrera: elegí la de las armas y entré en la escuela politécnica.

Por este tiempo me sucedió la aventura que voy á referir.

He omitido decirles á vds. que tenía yo por correspondencia á un primo mío, natural de Nantes, que hacia algunos años se hallaba establecido en París y casado con una muger muy hermosa.

Con él salía yo los domingos, cada quince días, y la diferencia de edad que entre nosotros mediaba, porque él tenía treinta y tres años á mi llegada á París, se fué borrando gradualmente. A los veinte años puede uno con mucha facilidad ser amigo y camarada de un hombre de treinta y tres.

Por desgracia el cariño que á su muger le tenía había seguido una progresión descendente; y como llevaba ya diez años de casado, concluyó por mirar á su esposa como una muger muy entrada en años, mientras él se encontraba todavía muy joven.

Así, pues, teniéndole á ella un sincero afecto, se permitía ciertas calaveradas á que me asoció, debo decirlo, desde que salí del colegio y empecé á hacer locuras. Muchas veces habíamos pasado juntos las noches al lado de mugeres frívolas, en cuyas casas la fortuna, el buen humor, y el talento de mi primo le proporcionaban una entusiasta acogida.

Mr. de Fremont, mi primo, versificaba con suma facilidad, y aunque no se podía decir que tuviese genio poético, por lo menos se le debían conceder ciertos rasgos y originalidad en las canciones y en las esquelas que comunmente escribía en verso.

Yo no era tan bien recibido entre aquella gente. Fué menester la presentación de mi primo y el deseo de complacerle para que me dispensaran alguna atención. Lo cual indudablemente procedía de que mi carácter se había hecho muy formal á consecuencia de los estudios á que me había dedicado; de que mis recursos pecuniarios, como de un joven, no me permitían tratar á aquellas mugeres de modo que me captase su benevolencia, y últimamente, debe decirse, de que estaba yo enamorado sin atreverme á confesar cual era el objeto de mi amor.

Desde que la fotografía ha tomado un desarrollo muy considerable, las calles de París se han llenado de cuadros con retratos, en los cuales, para vergüenza de la generación actual, debe convenirse en que lo feo supera mucho á lo hermoso.

Pasaba yo un día por los bulevares y, dando vuelta por las muestras de los fotógrafos, hacia para mí aquella reflexión, verdadera aunque poco consoladora, cuando mis ojos se detuvieron ante el retrato de una hermosa joven, rubia, de diez y siete á diez y ocho años, vestida de novia, y de encantadora hermosura.

Mas tranquilícense vds. que no descenderé á pormenores, porque nada veo mas impertinente que el elogiar á una rubia ante una peli negra, ó alabar á esta ante el hombre que solo quiere á las rubias. Lo que puedo decirles á vds., es que nunca había yo encontrado una fisonomía con una expresión virginal tan suave, ni con tan exacta pureza de facciones.

La Fornarina y la Joconda son indudablemente admirables tipos de la hermosura femenina; pero Rafael y Leonardo de Vinci las pintaron con sus corazones de artistas, eran tipos preexistentes en sus almas; mientras que el daguerrotipo, reflejando lo que se le presenta, resultaba que la perfección que se ofrecía á mis ojos existía realmente.

Desde aquella ocasión siempre que salía de la escuela me iba á pasear por el bulevar, deteniéndome horas enteras en contemplar aquella embelesadora figura; ya me alejaba, ya volvía otra vez, hasta que al fin me retiraba con un sentimiento que no podía explicar: muy pronto esta visita se hizo indispensable; el retrato no se apartaba de mi mente, en él pensaba yo de día y con él soñaba de noche, hasta que debí confesarme á mí mismo que tenía una verdadera pasión; yo estaba realmente enamorado... de un retrato.

Muchas veces me ocurrió la idea de procurar conocer el original, pero, he de confesarlo, la vestidura de novia que tenía puesta, me indicaba á las claras que desde ya tiempo era muger de otro, y la había yo poetizado de tal modo en mis románticos devaneos, que hubiera dejado de agradarme si la hubiese visto del brazo del marido y aun siendo madre de familia.

Tomó esta pasión tal carácter, que mis estudios se resintieron; los profesores notaron que yo me descuidaba, y me hicieron respecto á este particular be-

névolas observaciones. Pero ni razones ni consejos tuvieron dominio sobre mi imaginación.

Afortunadamente, con gran complacencia mia, llegaron las vacaciones, é iba á poder dedicar mas tiempo á aquel loco amor. Acabé por cavilar que, hallándose todavía el retrato en casa del fotógrafo, el casamiento tan temido por mí, quizá no se hubiera realizado.

Como un desesperado me acogí á esta idea, y solo buscaba el medio de tomar informes. A fin de conseguirlo con mayor seguridad y que no se trasluciese mi secreto, entré en casa del fotógrafo en cuya puerta estaba el retrato, y después de volver á visitarlo veinte veces, haciéndome retratar de perfil, de frente, en pie, sentado, gané la confianza del artista.

—¡Cáspita! le dije un día, tiene vd. en la puerta un bellissimo retrato de muger.

—Si, señor, me respondió con indiferencia, no está mal.

—Es natural ó copia de un dibujo.

—Natural.

—El original debe ser hermosísimo, porque comunmente la fotografía afea. ¿Conoce usted á esa muger?

—No señor. Vino aquí por casualidad, me encargó el retrato y no ha vuelto. He perdido en él doscientos francos.

—Se lo tomaré á vd. por ese precio, lo dije.

—¿Qué interés tiene vd. en comprarlo?

—Ninguno, mas como vd. sabe, la belleza igualmente que el gusto, son objetos convencionales. Para mí esa figura es el ideal de lo bello, y no me disgustaría tenerla en mi cuarto.

—Lo he puesto ahí, me dijo, porque atrae mucha gente delante de mi casa; mas para complacer á usted, se le cederé en el precio convenido. Unicamente, añadiéndole, le aconsejaria que se contentara con el retrato, porque, ignora si será vd. de mi opinión, hay en esa figura cierta cosa extraña que no me gusta. Esos ojos azules modestamente bajados, ese azahar, ese velo blanco desdichado de los labios un poco gruesos y muy sensuales y de la frente tan levantada. Solo la madre de Dios es la que puede reunir el tipo de la expresión celestial con la de las sensaciones humanas. ¿Ha visto vd. la Concepción de Murillo que está en el museo de Madrid?

—No, señor.

—Pues bien, Murillo es el único pintor que ha comprendido y fijado aquella grande idea; porque representó á la Madre del Salvador con una frente pura, con una mirada suave y celestial, al paso que una ligerísima hinchazón en las narices, la boca medio abierta y el pecho levantado, expresan una emoción desconocida en aquella divina Virgen.

—Por mí no tenga vd. recelos, le dije; compro ese retrato por el punto de vista artístico, y lo hallo del todo perfecto.

—Estrañó que me diga usted eso, sabiendo bien que nosotros no podemos variar la naturaleza. Veo que muchas personas se quejan de que las ponemos feas; pero no comprenden, primeramente, que es muy raro el conocerse bien á sí mismos; además, debe decirse, la mayor parte vienen á presentarse ante nosotros con un vestido que no es el suyo habitual y están muy encoquetados; unos afectan un semblante risueño, otros quieren disimular sus labios demasiado gruesos, hacen gestos y luego estrañan no reconocerse á sí mismos. En otro tiempo había el recurso de reconvenir al artista, en el día es imposible negar la naturaleza.

—Sin embargo, muchas veces le he oído decir á usted mismo que queda mas contento con un retrato que con otro.

—Ciertamente, á veces conseguimos efectos que nos sorprenden, pero somos del todo estraños á ellos. Según mi parecer, consiste en que, en la décima parte del segundo necesario para fijar la imagen sobre la placa, una idea muy grata ha venido en aquel instante á iluminar la fisonomía del modelo y distraído de la preocupación en que estaba. Toda la fisonomía reside en los ojos; vea vd. sino la movilidad: ya están cariñosos, ya apasionados, unas veces coléricos, otras desanimados, siempre son la reproducción de nuestro pensamiento fugitivo. Todo depende, pues, de la expresión que tienen en el momento preciso. La muger cuyo retrato ha adquirido vd., ataviada con el vestido blanco, quizá se acordó del día de su primera comunión, se imaginó ser la joven de corazón puro que sentía inefable gozo al ir al altar con serena frente en medio de sus compañeras, y de aquí, sin duda, ese aire virginal, que para mí la expresión de su boca desmiente.

—Mas vd. que tiene tan profundo talento para analizar, ¿á qué atribuye su negligencia en venir á llevarse el retrato?

—No lo comprendo, me contestó, y me veo obligado á atenerme á los motivos comunes: falta de dinero, ausencia, casamiento descompuesto.

—Estas últimas palabras me llenaron de sobresalto. ¿Quizá estaba ella libre!

Me llevé mi preciosa compra; pero desde aquel momento solamente tuve una idea, la de encontrar el original.

Desde la mañana hasta la noche recorrí los bulevares, fui á todos los espectáculos, á los Campos Eliseos, al bosque, y al volver á mi casa maldije la suerte que acaso me había hecho pasar veinte veces junto á ella, sin reconocerla.

Veía con grandísima desesperación que llegaba el momento de continuar mis estudios, cuando una mañana recibí de mi primo, que tenía ausente á su muger ya hacia algunas semanas, y que bajo todos conceptos se aprovechaba ampliamente de su libertad, una esquela en estos términos.

El tiempo es hermoso y todo nos convida  
A celebrar con un festín muy vivo,  
El último día de la dulce vida  
De un esposo... por demasiado divertido.  
Para mañana, pues, le exhorto  
Venga usted, amigo; con el vaso reluciente,  
De este tiempo que se pasa tan pronto  
Nos olvidaremos al día siguiente.

Acepté la invitación; quise sepultar en una orgía la melancólica preocupación que me devoraba. Hallé furioso á Mr. de Fremont, porque había convidado con nosotros á cierta supuesta marquesa, á quien él obsequiaba, y acababa de recibir una esquela en que aquella le decía que le era imposible asistir á la reunión, citada para el pabellón de Ermenonville.

—¿Comprende usted esto, Gaston? me dijo, ¡faltarme á la palabra! es indigno; y precisamente el último día de mi libertad, porque, como usted sabe, mi muger llega mañana, y adios, alegres noches pasadas fuera de casa.

—Pues bien, primo, quiere decir que hará vd. penitencia un día antes.

—No, por mil demonios. Hace dos años conozco á una joven encantadora que se halla hoy en su mayor auge... Vendría bien, mas se necesitaría algo original para decidirla... Ya sé lo que he de hacer. Y poniéndose en su despacho, escribió de corrido.

Un aficionado á versos, amigo de alegre vida,  
Hoy sin cumplimiento á comer os convida.  
Algunos platos delicados, de Champaña el espumoso vino,  
El aire puro del campo, un corazón abierto y digno;  
¡Qué os diré, en fin!... un retazo de antiguos amores...  
Todo debe obligaros á acudir á mis clamores.  
De octubre veinte y dos... á la una, en casa de Leblond.  
Mi carruaje va por vd., véngase... ó sino... quédese en su habitación.

—¿Y cree vd. que vendrá?

—Si, si está libre. Adda es una muger original, á quien le agrada la sorpresa.

Algunas horas después salimos para el bosque de Boloña, y en medio de la sociedad, reunida en el indicado pabellón, nos encontramos cara á cara con la supuesta marquesa que había escrito que no podía venir.

—Conociendo sus principios de vd., dijo esta, he creído que no renunciaría á su diversion porque yo no pudiera asistir. Me he desembarazado de las ocupaciones que en París me retenían, y ya estoy aquí: tanto peor para la persona que debía ocupar mi puesto.

—No es sino una francesa mas, respondió cortesmente y sin alterarse Mr. de Fremont, parodiando la expresión de Luis XVIII.

—¿Cuál es la dichosa mortal que debía recibir los homenajes de vd.? le preguntó á media voz.

—Ninguna, vé vd. que estoy solo. Todas estas señoras tienen sus maridos. Hay una, sin embargo, dijo muy naturalmente, que aun no ha venido y es Adda, á quien mi primo desea conocer, y á la cual he escrito que venga.

—¿Es eso positivo? dijo.

Y cuando él iba á prodigarle los mas solemnes juramentos, llamaron á la puerta y entró una muger.

Al verla quedé estupefacto. El ángel de mis ensueños, la misteriosa incógnita de ojos azules, de la frente de nieve, aquella muger que hacia seis meses era la única ocupación de mi existencia, el objeto de todos mis pensamientos, á quien yo rodeaba con la aureola de la virtud, para quien hubiera deseado ser grande é ilustre á fin de poner á sus pies mi gloria; aquella muger estaba delante de mí, y era una muger de vida cortesana.

Un velo cubrió mis ojos y, descolorido y sin poder hablar me dejé caer en mi sillón. Precisamente, mi fisonomía se hallaba muy alterada, porque á pesar de haber entrado aquella muger, todos se acercaron al momento alrededor mio. Di las gracias con la mano, y con asombro cada vez mayor, continuaba fijando la vista en aquella imagen que ante mis ojos tenía. Si, positivamente era la misma figura del retrato, aquella fisonomía suave y modesta, aquellos labios de coral que engastaban una hilera de perlas, aquella rubia y vaporosa cabellera que en voluptuosos rizos le caía por las espaldas; no podía equivocarme, era la misma.

¿Sería posible que una fatal semejanza me hubiese engañado! Los Menechmos son raros, pero exis-



ten; y acaso el vicio había tomado las apariencias de la virtud.

Con esta idea me reanimé algo, hice un esfuerzo para sacudir mi languidez y escusarme de la alarma que había ocasionado, diciendo que era un dolor pasajero.

Fremont aprovechó aquellos instantes para decirle al oído algunas palabras á la persona que se hizo anunciar con el nombre de Adda; y en seguida volvió hacia donde yo estaba para pedirme explicación sobre lo que acababa de sucederme.

Lo retiré aparte, y en pocas palabras le dije lo que era.

—Ha hecho vd. mal, me dijo, faltándome á la confianza; porque si me hubiese vd. participado su loca pasión, ya hace tiempo que se habría curado. Adda positivamente es la mujer que por un capricho de su genio extravagante, se ha hecho retratar vestida de novia: hace mucho que la vi así, y no he podido hablarle de ello, porque como ya le tengo odio á usted, desde algún tiempo, no la he visto.

—Oiga vd., amigo, le dije, voy á retirarme: el cruel desencanto que acabo de tener, me haría ser un compañero poco agradable en esta diversión, y necesito tomar el aire libre, pues estoy sofocándome: acaso en otras circunstancias le rogaria me presentara á esa mujer.

—¿Qué trata vd. de hacer? ¿se va á marchar á esta hora? quien viste ese uniforme, debe desprenderse de tanto sentimentalismo; ¿qué excusa dará yo á esta reunión? Además, me compromete vd. á los ojos de la marquesa y de Adda, á quien acabo de decir que se halla vd. enamorado de ella, y que le he escrito que viniese para que se encontrase con vd., por lo cual se pondría furiosa.

Pude alegar el hallarme padeciendo, y la excusa hubiese sido verdadera; pero debo confesar que la última observación de Mr. de Fremont, me decidió á quedarme.

Volvimos á entrar en el salón, y mi primo me presentó á aquella mujer que en ciertos círculos se llamaba la condesa de Bouviers, y con mayor brevedad Adda en el nuestro.

El semi-desmayo que al verla me dió, unido á las mentiras que Fremont acababa de contarle, la habían dispuesto admirablemente en favor mio. ¿Y qué mujer hay, aun en la mas degradada condición, que no se enorgullezca con inspirar una pasión profunda? Me colocaron junto á ella en la mesa, y muy pronto, prescindiendo de mi natural circunspecto é impulsado por una especie de fiebre, y acomodándome algo á la invitación de Mr. de Fremont, trabé con ella una conversación seguida; asegurándole que mil veces la había visto en el bulevar.

Con toda la libertad que proporcionan las comidas de esa clase, donde las relaciones se forman muy pronto y en que las viandas muy escogidas y los vinos muy esquisitos, servidos profusamente, derraman en los sentidos un calor que con oportunidad se comunica, cogí su mano en la mía, y le profirió palabras que creía yo que deberían hallar eco en su corazón y abrir á su alma desconocidos horizontes.—Prometle un amor eterno y le supliqué que se separase de ese trato de gente, en que solo por un error del destino debía encontrarse. Con mi amor le devolvería su propia estimación y le comunicaría esa centella eléctrica que había de transfigurarla.—Verdaderamente sentía yo lo que estaba diciendo, y mis palabras recibían fogoso acento del semi-diapason mismo con que yo las pronunciaba.

—Vd. me habla de un modo á que no estoy habituado, me respondió. Vengase mañana á la noche por mi casa, calle de San Jorge, porque necesito oírle mas despacio.

Su voz balbuciente y la contracción de su semblante, me hacían ver el estado de su alma.

Con qué rapidez se pasaron las horas! Mis ensueños eran muy puros y olvidé al universo entero. Habíamos bajado al jardín y silenciosa se apoyaba en mi brazo, pero el corazón le latía violentamente, su cabeza solía inclinarse en mis hombros, y la fragancia de su aliento, unida al contacto de su perfumada cabellera, me ocasionaban embelesadoras conmociones.

Llegó su carruaje y tuvimos que separarnos; despertóse como de un sueño, y apretándome la mano me dijo:

—Hasta mañana.

La seguí algunos pasos. Mr. de Fremont se le acercó cuando iba á subir al carruaje.

—¿Qué te parece Gaston? le preguntó.

—Es galante, contestó.

Esta espresión me dejó frío. Pues que, ¡yo que durante muchas horas, le estuve prodigando todo lo que la verdadera pasión puede hallar mas vehemente; que le había ofrecido mi alma, mi vida y mi porvenir; que estaba pronto á sacrificar por ella padres y amigos solo pude conseguir ser galante.

En este momento formé el firme propósito de no presentarme á la cita que me dió. ¿Qué iba yo hacer con aquella mujer sin corazón? ¿Volverla á ver para

encontrarla mas hermosa y mas despreciable, y espolmerme acaso á sus desdenes? ¡Ah! nunca.

A las ocho de la siguiente noche, llamaba yo á su puerta. Con mucho tiempo me estaba paseando por delante de su habitación, esperando ansiosamente que llegase la hora fijada.

Adda estaba sola, según me lo había prevenido. Al verme manifestó cierta complacencia. Por mi parte, me hallé algo turbado; mas al momento me serenó ella, y como dirigía yo mi vista deslumbrada con los objetos que me rodeaban, me preguntó si quería visitar sus habitaciones. Me extrañó semejante proposición por su parte. Sin embargo acepté.

Me hizo examinar una despues de otra, aquellas mil fruslerías, aquellas preciosas joyas que cada una debía traerle un recuerdo.

Vds. señores, que me están escuchando, y que habiendo pasado casi toda su vida en las provincias, no han entrado quizá en ninguna de esas cavernas donde vienen á sepultarse las fortunas de las familias, sirvanse permitirme que me detenga un instante en los pormenores del inaudito lujo que me fué dado ver.

Se entraba por un vestíbulo cuyas puertas se hallaban cubiertas interiormente con grandes cortinas de terciopelo, y el suelo con muelles alfombras. Dos elegantes lámparas de bronce, comunicaban viva claridad á aquella habitación, cuyo fondo lo ocupaba una jaula dorada colocada entre arbustos y flores naturales, y habitual residencia de un magnífico guacamayo que con divertidísima parla, recibía á todas las visitas. Pasábase de allí al comedor, cuyas paredes se hallaban vestidas alternativamente con los cuadros de cacerías de Alberto de Dreux, con trofeos formados de astas de ciervo, armas damasquinas y cuchillos con fundas de plata cincelada. El mueblaje de esta habitación era en extremo serio, de encina negra tallada. Los sillones, forrados de escamilla verde con filetes de oro, tenían por adorno un medallón con la corona de condesa. Frente á las ventanas había un inmenso aparador de cristal donde relucían una lojísima vajilla, un surtido de Odier, y unos jarrones en que Fremont Meurice había desplegado todo su genio: estos objetos, eran aun menos preciosos por la materia que por el arte.

La principal suntuosidad estaba reservada para el salón. Era grande; y aunque alumbrado por tres ventanas, la luz no podía entrar en él sino amortiguada con excelentes colgaduras de lustrina. Los cuadros, firmados por los mas célebres autores modernos, con dificultad dejaban entrever la tapicería de seda: no se podía dar un paso, sin tropezar con objetos de lujo; aquí un piano de Boule, con adornos de bronce, de Broadway, el eminente fabricante inglés; allí cofres de ébano con vasos de porcelana de Sevres, que habían estado en los régios salones antes de venir á presidir las saturnales modernas; cajas de laca llenas de curiosidades de la China, muebles forrados de raso bordado con flecos de oro, relojes de Pradier, una araña de Deniere... Los espejos que reflejaban todas estas maravillas, daban á aquel salón un mágico aspecto.

Había dos cuartos para dormir: el uno, de rica sencillez, como dicen los periódicos de modas; el otro el llamado de honor. En este último, el catre, lleno de elegantes esculturas, se hallaba sobre un espacioso estrado forrado de terciopelo, con colgaduras que tenían la corona de condesa; toda la cama estaba cubierta con una red de seda, sobre la cual se notaban algunas señales de quemaduras de tabaco.

No continuaré una descripción que molestaria á ustedes, pero todo se hallaba en concordancia en los mas insignificantes pormenores de tan fastuosa vida.

Después de media hora invertida en aquella visita, me senté junto á Adda en el salón, donde un pebetero de Sajonia antiguo, esparcía delicioso olor.

—¿Cómo á vista de este lujo me atreveré, Adda, á hablarle de mi amor, yo un joven particular que tengo que formarme mi porvenir, y que debo adquirirlo con mi trabajo? En este palacio de hadas, donde todo, y aun vd. misma, parece que corresponde á las creaciones fantásticas de las *Mil y una Noches*, conozco que la palabra espira en mis labios. Vd. que está habituada á ver postrados á sus pies á todos los hombres dichosos por su clase y por su fortuna, ¿cómo ha de atender el amor sencillo y verdadero de un joven sin posición? Y sin embargo, hace seis meses que aun sin conocerla, la adoro como un loco, como un insensato.

—¿Sin conocerme? dijo ella.

—Sí, no sé mentir: ayer estuve sometido á las invenciones de Mr. de Fremont; hoy debo decirle á usted la verdad. Nunca la había visto, y fui á aquella comida, para procurar distraerme del amor que por usted sentía: esta pasión me la inspiró el retrato que usted se mandó hacer vestida de novia, y que estubo en el bulevar; desde el día en que la vi así, no he dejado de buscarla por todas partes. Para encontrar el modelo de aquella encantadora imagen, he abandonado estudios y amigos; todas las facultades de mi alma se han absorbido, tributando á vd. un culto

igual al de Dios: considere ahora cual sería mi asombro al verla de repente en medio de aquella sociedad, donde me hallaba muy lejos de creer encontrarla á usted.

—¡Ah! contestó, ahora comprendo su conmoción de ayer, la preocupación de Mr. de Fremont, y las celosas miradas de la marquesa.

—No se lo ocultaré á vd., ayer al separarnos juré no volverla á ver, porque mis ilusiones habían desaparecido: hoy he luchado mucho conmigo mismo, mas después al acercarse la hora de verla, me he encaminado hacia su casa reconviniéndole al tiempo por la lentitud. Al lado de vd. comprendo el indefinible encanto que ejerce: deslumbrado, fascinado con su hermosura, la amo á vd. bastante para decirle: «Adda, renuncie vd. todo este lujo, confiese al amor de un hombre que vivirá solo para vd., que se gloriará de dedicar su vida á rehabilitarla entre la gente con quien ha debido nacer y entre quien debe brillar.»

—Infeliz amigo, me dijo dándome la mano, comprendo que vd. ha caído de muy alto, viendo que su ángel pierde las alas. No sin objeto he hecho que usted visite estas lujosas habitaciones, las cuales no me son tan incompetentes como vd. podría creerlo: le aseguro que no he cedido á un vano sentimiento. Voy á hablarle sinceramente. Oigame.

En realidad pertenezco á esa gente de que vd. hablaba hace muy poco, lo cual me dá el incontestable derecho de llevar bajo un nombre supuesto, las armas que ve vd. relucir por todas partes. Muy temprano perdí á mis padres, y huérfana y sin recursos, me recogió y educó un tío, rico y disoluto, cuyo tipo el inmortal Balzac ha trazado en una de sus novelas: á los quince años fui su amante, dos años después me echó de su casa sin auxilio alguno, para poner en mi lugar á una criada á quien había seducido.

Ignorando adonde dirigir mis pasos, me encaminé á París; creía que mi juventud y mi hermosura iban á crearme brillante suerte. Mas, ¡ay! ¡qué desengaño me aguardaba! Viviendo en una lóbrega habitación de donde al mes iban á espulsarme, porque carecía de medios para pagar mis gastos, buscaba trabajo inútilmente. No conocía á nadie que pudiese socorrerme, y la poca ropa que había traído, la tenía vendida ó empeñada.

¡Ah! nunca arroje vd. la piedra contra las desgracias que se ven obligadas á venderse, porque no sabe lo que han debido padecer antes de llegar á aquella necesidad horrible.

¿Cómo he de decirle el grado de abyección á que descendí! Recorría de día los barrios mas frecuentados, donde con mis miradas procuraba hacer entender que estaba pronta á toda clase de sacrificios para tener pan.—«¡Si, pan!—porque muchas veces me quedé dos días sin comer, y me veía obligada á refugiarme de noche en uno de esos innobles cascos donde por cuatro cuartos cada noche, nos amontonaban á treinta ó á cuarenta en la misma habitación, sobre paja y sin luz: he conocido la miseria en su lado mas horroroso. Desde aquel día comprendí que estaba degradada para siempre, y juré que si llegaba á ser rica, no buscaría la felicidad sino en la fortuna, y que cerraría mi pecho á todo sentimiento de amor»

Algun tiempo después, una feliz casualidad me puso en estado de realizar mis ensueños de fortuna, y fielmente he mantenido mi palabra.

Acabo de descubrirle á vd. por un lado, el velo que cubre mi misteriosa existencia: no le ocultaré que al oírlo ayer, me conmovió un momento, porque sentí en mi corazón como el eco lejano de mis ilusiones de soltera, cuando antes de pertenecer á aquel viejo disoluto, por una precoz madurez, tenía yo el instinto del amor. Mas la razón ha venido muy pronto á socorrerme, y le he manifestado el lujo que me rodea, para recordarme el juramento que, siendo una mujer perdida, había hecho sobre los harapos que me quitaba.

—Pero ese retrato de novia...

—Un día tuve la idea de que me retratarán tal como yo hubiera podido ser, si Dios hubiese apartado de la joven al vil seductor, y si me hubiera proporcionado el encontrarme con una persona como usted; mas cuando me vi así, me avergoncé de mi misma, y no fui á recoger el retrato, porque no hubiera sabido donde colocarlo en mis habitaciones.

—Y yo lo tengo y lo guardo.—A Dios, Adda, le dije, levantándome y dirigiéndome á la puerta. Dios la perdone, porque vale vd. mas de lo que cree.

—No, me dijo con exaltación, nada valgo, soy una mujer perdida, me vendo por el oro, me comprará usted como los demás.

No quise continuar oyendo y me salí.

Al día siguiente, recibí una carta en que me rogaba que fuese á verla; porque, según decía, tenía absoluta necesidad de hablarme.

Tomé un papel y le escribí:

«La noche que por primera vez la vi á vd., conocí que la amaba.»

»Su candor, la serenidad de su mirada, todo me mostraba la inocencia y la dulzura.



»Poco á poco me habitué á verla, no vivia sino en vd. y para vd.; mas una mañana, en vez del ángel que la vispera habia dejado, me encontré con una cortesana que vendia su cuerpo y tenia gangrenado el corazon.

»En otro tiempo era vd. sencilla, y solo amaba el lujo de Dios, las flores y las hermosuras naturales, hoy se hace llamar condesa, un tropel de adoradores la sigue y hace resonar en sus oidos apasionados requiebros.

»Vd. sabe que me dedico al estudio, y he resuelto procurar no volver á verla.

»En nombre de la castidad de la idea que me ordena alejar de lo íntimo de mi corazon su nombre y su imagen, no me acordaré sino de aquella primera aparicion dulce y serena; nunca tendré ante mis ojos sino á la jóven casta que en una hermosa noche puso su mano sobre la mia.»

No la he vuelto á ver.

—En el mercado de ayer se vendió el trigo desde 46 á 53 1/2 rs. fanega; la cebada nueva de 25 á 28; la algarroba á 41; carne de vaca de 47 3/4 á 53 rs. arroba y de 18 á 20 cuartos libra; id. de carnero de 18 á 20 cuartos libra; id. de ternera de 88 á 98 reales arroba y de 42 á 51 cuartos libra; tocino añejo de 86 á 88 rs. arroba y de 32 á 36 cuartos libra; jamon de 110 á 116 rs. arroba y de 42 á 51 cuartos libra; aceite de 70 á 72 rs. arroba y de 20 á 22 cuartos libra; vino de 36 á 46 rs. arroba y de 12 á 14 cuartos cuartillo; pan de dos libras de 12 á 14 cuartos; garbanzos de 34

á 44 rs. arroba y de 10 á 16 cuartos libra; judias de 24 á 30 rs. arroba y de 8 á 12 cuartos libra; arroz de 30 á 36 rs. arroba y de 10 á 14 cuartos libra; lentejas de 16 á 20 reales arroba y de 8 á 10 cuartos libra; carbon de 7 á 8 rs. arroba; jabon de 62 á 65 rs. arroba y de 20 á 22 cuartos libra; patatas de 4 á 5 1/2 reales arroba y de 2 á 2 1/2 cuartos libra.

Por todo lo no firmado:—J. BERNAT.

### BOLSA DE MADRID.

#### Cotizacion oficial del 30 de setiembre.

##### FONDOS PUBLICOS.

Titulos del 3 por 100 consolidado, publicado, 50-55 y 60 c.; á plazo, 50-80 y 70 fin. próx. ó á vol.; 50-80 fin. próx. en firme.  
Idem diferido, publicado, 45-05, 45 y 45-10; á plazo, 45-25, 20, 25, 20 y 30 fin. próx. vol.  
Deuda amortizable de segunda clase, publicado, 16-95.  
Idem del personal, id., 20-25.  
Acciones de carreteras, emision de 1.º de abril de 1850, de 4,000 rs., 6 por 100 anual, no publicado, 97-25. d.  
Idem de 2,000 rs., id. 97-25 d.  
Idem de 1.º de junio de 1851, de 2,000 rs., id., 96-75 d.  
Idem de 31 de agosto de 1852, de 2,000 rs., id., 96 p.  
Idem de 1.º de julio de 1856, de 2,000 rs., id., 96-75 d.  
Idem de Obras públicas de 1.º de julio de 1858, id., 96-75.  
Idem del Canal de Isabel II, de 4,000 rs., 8 por 100 anual, id., 110 d.  
Obligaciones del Estado para subvenciones de ferro-carri-les, id., 93-75 p.  
Acciones del Banco de España, id., 215-75. p.  
Idem de la Sociedad Española Mercantil é Industrial, idem, 2,100.  
Idem de la Compañia de los ferro-carri-les de Madrid á Zaragoza y Alicante, id., 2,175.

Obligaciones de la Compañia de los de Madrid á Zaragoza y Alicante, con interés de 3 por 100, reembolsables por sorteos, id., 1,010 d.  
Idem hipotecarias del de Isabel II de Alar á Santander, con interés de 6 por 100, reembolsables por sorteos, á 137 1/4 por 100, id., 10,300 d.  
Idem de la Compañia del ferro-carril de Córdoba á Sevilla, id., 1,425 p.  
Acciones del ferro-carril de Zaragoza á Pamplona, idem, 1,625 d.  
Obligaciones de id., id., id., 960 d.  
Idem del ferro-carril de Montblanch á Reus, id., 950.  
Acciones de la Compañia del ferro-carril de Ciudad-Real á Badajoz, id., 1,845.  
Obligaciones de id., id., id., 931.

##### CAMBIOS.

Londres á noventa dias fecha, 50-05 p.  
Paris á ocho dias vista, 5-23.

### BOLSAS ESTRANGERAS.

#### Paris, 30 de setiembre de 1862.

Fondos franceses. { 3 por 100. . . . . 70-15.  
                          { 4 1/2 por 100. . . . . 97-95.  
Españoles. . . . . 3 por 100 interior. . . 49 1/2.  
Consolidados. . . . . 93 5/8 á 3/4.  
Amberes 24 de setiembre.—Interior, 48-95.—Diferida, 44-10.  
Amsterdam 23 de id.—Interior, 48 13/16.—Diferida, 44 11/16.  
Frankfort 24 de id.—Interior 48 3/4.—Diferida, 44 3/8.

EDITOR RESPONSABLE, D. JOAQUIN BERNAT.

MADRID 1862.—ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO  
calle de Sta. Teresa, núm. 8.

## EL CRISTIANISMO,

SEMANARIO

### RELIGIOSO, CIENTIFICO Y LITERARIO.

CON APROBACION DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

Se ha publicado el número treinta y cinco de este interesante semanario religioso, correspondiente al sábado 27 de setiembre, y contiene lo siguiente:  
**Seccion doctrinal.**—*Los buenos principios*, por don J. M. Antequera.  
**Seccion religiosa.**—*Maria de Orleans*.  
**Seccion de variedades.**—*Mi primera caza y mi primera pesca*.  
**Seccion de actualidad.**—*Revista de la semana*.—Boletin religioso de la semana próxima.—Festividades mas notables de la semana.

La suscripcion cuesta 5 rs. al mes en Madrid, 18 en provincias el trimestre, 50 en el extranjero y 3 pesos en Ultramar. Puede hacerse en la Administracion de EL CRISTIANISMO, calle del Barco, 34, principal, en todos los correspondales de este Establecimiento, y en las librerías de Aguado y Olamendi, teniendo en cuenta que empiezan con el año, y que aunque no ha salido hasta el 1.º de febrero, se cuenta como si fuese el 1.º de enero, porque la empresa resarce los números que faltan de este mes con igual número de pliegos de Biblioteca.

### CENTRO DE SUSCRICIONES

PARA TODAS LAS OBRAS Y PERIÓDICOS DE ESPAÑA Y DEL ESTRANGERO

A CARGO

DE D. MANUEL AGUIÑIGA,

EN HARO, PROVINCIAS, LOGROÑO.

A todos los señores autores, editores de obras y periódicos, impresores y libreros en general les hace presente el encargado de este centro, le envíen un ejemplar de sus publicaciones, con un buen surtido de carteles, prospectos y entregas primeras para dar á sus obras la conveniente publicidad, recomendarlas de la manera mas provechosa y poder invitar á domicilio por el repartidor.

## FOTOGRAFIA.

Se ha abierto el dia 15 de julio en la calle de la Montera, núm. 3, junto á la puerta del Sol, cuarto 3.º, un gabinete artístico-fotográfico, á competencia con los mejores de la corte; tiene una elegante y lujosa sala ricamente amueblada, para esperar las señoras y caballeros. Precio 40 rs. teniendo opcion á hacerse dos retratos, uno de cuerpo entero y otro de busto ó de silueta, á gusto de los concurrentes; y el precio de las tarjetas el ordinario de 4 rs.

## GUIA DEL VIAGERO EN ESPAÑA,

POR

D. FRANCISCO DE P. MELLADO.

OCTAVA EDICION.—1862.

Contiene una noticia geográfica, estadística, histórica y administrativa del reino.—La descripción de Madrid y de las principales poblaciones de España.—Noticia de las carreteras generales y transversales que conducen de un punto á otro, espresando la distancia de la Corte á las capitales, costas, fronteras y pueblos importantes, y de estos entre sí.—La descripción de todas las líneas de

### FERRO-CARRILES

abiertas ó próximas á abrirse al servicio público en España, y la de Bayona á Paris, con el nombre de las estaciones, la distancia en kilómetros y un mapa itinerario, topográfico y de caminos, aparte del texto, hecho espresamente para acompañar á esta obra.

Un tomo en 8.º de 600 páginas, impreso con lujo y elegancia en papel superior: precio, 16 rs. en Madrid y 19 en provincia, á la rústica. Encuadernado en tela con planchas de relieve, 19 rs. en Madrid, y 24 en provincia.

### HISTORIA DE LOS GIRONDINOS.

Por A. Lamartine.—Traducida del francés: cinco tomos en 8.º, 50 rs. en Madrid y 60 en prov.

Se suscribe y se hallan de venta todas estas obras en Madrid en el Establecimiento de Mellado, calle de Santa Teresa, núm. 8, y en las librerías Americana y de Bayli-Bailliere, calle del Príncipe; en la de Moro, Puerta del Sol; en las de Cuesta, Matute, Sanchez, Viana, y Villaverde, calle de Carretas; en la de Lopez, calle de! Carmen; en la de Olamendi, calle de Pontejos; en la de Durán, Carrera de San Jerónimo; en la de Guizarro, calle de Preciados; en la Publicidad, pasaje de Matheu, y en la de Hernando, calle del Arenal, donde tambien se reciben los anuncios para el MONITOR. En provincias por conducto de los correspondales del Establecimiento ó enviando letra del importe.

## CAJA DE SEGUROS

Y

## SEGURO MUTUO DE QUINTAS,

DEL ESTABLECIMIENTO DE MELLADO.

ASOCIACION UNIVERSAL

### PARA REDIMIR EL SERVICIO DE LAS ARMAS.

AUTORIZADA POR EL GOBIERNO DE S. M.

Esta sociedad, en el corto tiempo que lleva de existencia, ha pagado mas de DOS MILLONES DE REALES á sus asegurados para redimir el servicio de las armas, y en el último sorteo despues de entregar la suma de ocho mil reales á todos los suscritores declarados soldados, hubo un sobrante á favor de los libres equivalente á mas de 34 por 100 del importe del capital que impusieron.

La suscripcion puede hacerse desde que el niño nace hasta la vispera del dia en que entra en suerte, pero la mayor ventaja está en suscribirse antes, porque una cantidad insignificante, que se puede pagar de una vez ó en varios plazos, basta para redimirse.—A fin de facilitar la suscripcion el Establecimiento anticipa las cantidades necesarias para hacer el seguro con condiciones muy ventajosas.

Se admiten seguros en Madrid en las oficinas de la Direccion, calle de Santa Teresa, núm. 8, y en provincias por conducto de los representantes de la Sociedad. En los mismos puntos se dan prospectos y esplicaciones.

En los pueblos donde no haya representante de la empresa pueden hacerse los seguros directamente por medio de cartas que se dirigen á D. FRANCISCO DE P. MELLADO.